

## ROMPER EL SILENCIO

PARA JOYCE TOLLIVER

Natalia Crespo

El silencio es un bicho roedor y regordete  
peludo y macilento, con bastante mal aliento.  
El silencio es un bicho de mirada oscura y rancia  
que sin piedad ni tolerancia, sólo escucha su capricho.  
El silencio es un bicho que sostiene inquebrantable  
en este mundo irreparable ya está todo dicho.

Yo igual intento, esmerada, cambiar su parecer.  
Lo saco de la jaula el lunes por la mañana  
y aunque le tengo mucho asco, le doy de comer.

El primer desayuno es seguro continental,  
aunque más bien yo diría, bastante tropical.  
Como lo quiero engañar, con gesto veloz,  
al bicho peludo le canto a viva voz:  
La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa?  
¿Tendrá noches de insomnio, estrés o pereza?

Pero el bicho no parece impresionarse:  
Ese ritmo me suena conocido  
Y no me quiero sentir comprometido.

El martes de nuevo intento engañarlo.  
Le abro la jaula, le acaricio el lomo  
y con cara de aplomo, le canto bajito:  
Me gustas cuando callas porque estás como ausente  
lejano y calladito haciéndote el muertito.

Pero el bicho no parece impresionarse:  
Ese ritmo me suena conocido  
y no me quiero sentir comprometido.

El miércoles entonces pruebo con España,  
tamizado a la criolla, al pobre Lope de Vega  
deshilvano despacito, como una tela de araña:  
Un soneto me manda a ser violenta  
que en mi vida me he visto en tal aprieto  
asentí bicho asqueroso y déjame contenta  
porque si no créeme que te reviento.

Pero el bicho no parece impresionarse:  
Ese ritmo me suena conocido  
y no me quiero sentir comprometido.

El jueves entonces pruebo con Martí:  
Chasqueo los dedos para despertarlo y le digo altisonante:  
Cultivo una rosa blanca,  
en junio como en enero,  
para el amigo sincero,

NATALIA CRESPO

que me da toda la espalda  
digo que me da su cara larga  
digo su mano franca.

El bicho sonrío ante mis errores, pero así y todo no parece conmoverse:  
Se yergue del piso solemne aunque es muy muy peticito.  
“No hay clase aquí—dice con la manito en alto—  
no hay estilo ni etiqueta, no hay Harvard ni *high class*.”  
Esto no va más.

El viernes entonces pruebo con Borges:  
Bicho querido, te traigo  
un poema para que leamos juntos,  
de adelante para atrás  
y diez veces si querés,  
hasta que no demos más.

El bicho un poco se entusiasma y levanta los ojos chiquitos  
¿De qué clase social era Borges? ¿Cuántos cheques, fincas y acres?  
¿Oxford, Cambridge, Cornell? ¿un tío en el gobierno inglés?  
No me leas, no hace falta, eso sí es literatura, mirá la foto nomás, ahí lo tenés.

El sábado finalmente, recién el sábado, entiendo el pedido:  
Romper el silencio. Pero no se me han dado instrucciones precisas:  
¿Quebrarle la espalda? ¿Golpearlo en la nuca? ¿Dejarlo de rodillas?

Entonces me acerco a la jaula de hierro,  
me pongo en cuclillas, le llevo galletas,  
y con gesto de pena, dispuesta a leerle,  
sentada en el piso, abro mi carpeta:

Te traigo, bichito, un nuevo poema.  
No es nada elevado ni escrito por otros.  
Es breve y sencillo y veremos, tal vez,  
si vale la pena:  
habla de romper el silencio,  
pero no romperlo a golpes, a trompadas, con violencia,  
de romper el silencio  
abriendo la boca  
enfrente de otros  
leyendo un poema.

El domingo descansamos.